

EL PRISIONERO QUE CAYÓ EN EL POZO

INGMAR BARRAÑON

Para Magda

Furiosa la nieve besa los viejos muros de Spilberk. El anciano castillo que, con su insignificante torre, orgulloso domina el blanco valle de Brno. El ambiente intoxicado con ese inconfundible olor a mierda. Aun recordamos cuando, prisioneros, en una tarde que se dejaba percibir al otro lado de los muros, intentamos inútilmente romper nuestras cadenas por enésima ocasión. No pudimos hacerlo, tal vez a causa del miedo.

¿La libertad, preguntas? ¿Qué es la libertad? Sólo uno más de esos conceptos cuya esencia es palpable hasta que te hayas del otro lado. Ojalá así fuera en verdad, porque si sí, si ésta existe fuera de las gruesas paredes de la prisión, nos queda todavía la esperanza de volver a mirar Spilberk como cuando caminábamos por las calles brunenses y bebíamos en sus tabernas y comíamos en sus posadas y, una vez ebrios, dormíamos en sus empedrados u orinábamos los cimientos de esa fea catedral, última imagen de piedra que se tiene antes de ser enterrado entre estas piedras. Pero, no siendo ahora de esa manera y teniendo que cagar al lado de algún infeliz que fenece por la pulmonía, extrañamos eso de lo que ahora carecemos. Algo que, cual idiotas, llamamos libertad. Qué fea sabía cuando se la tenía. Es cierto que fuimos rufianes y dañamos al pueblo ofendiendo a nuestro Señor, pero más dañino ha sido para nosotros estar allá fuera que aquí dentro donde lo único que enfrentamos es el sabor de las ratas, mejor mil veces, por su novedad, que el de la rancia sopa de papas a la que nos tenía condenada nuestra miseria. En Brno fornicamos con gordas prostitutas hediondas de gonorrea, agradable mientras duraba; mas el amor nunca conocimos a pesar de escuchar cantarlo a los trovadores, anunciándolo a cambio de unas cuantas monedas o de un poco de vino de uvas regadas por el Danubio.

Conocemos aquí dentro, en cambio, el compañerismo. Manifestamos este amor deseando por piedad la muerte al prójimo. Amamos las moscas que aterrizan sobre nuestra mierda, amontonada en la esquina más oscura de la celda. ¡Parecen tan felices! ¡Vedlas! Jugando sin saber dónde están. Algún día también las alimentaremos con nuestras carnes descompuestas.

¿Es lo que inunda mi alma, tristeza? No tengo la menor idea. ¿Es felicidad la que tengo al sentir despertar a mi compañero de celda? ¿Es feliz tener con quién platicar! Lástima que él no lo entienda. Está enfermo. Y mucho. Aparte, es alsaciano y yo checo y ni él ni yo hablamos la lengua del otro. ¿No es así, viejo idiota? ¿No es cierto?

El valle y los verdes veranos los dejamos atrás tal vez para nunca más verlos. Y la miseria. Esa pobreza con que cargábamos como si fuese un balde lleno de agua. Algo que se soporta nada más que por la necesidad de seguir con vida. ¿Para qué vivíamos? Por vanidad, porque eso de decir que vivíamos suena a una gran farsa que nos enseñaba el anciano obispo cada mañana durante su sermón. Nos enseñó a Jesús diciéndonos que el sufrimiento era la manera más feliz de alcanzar la gloria del paraíso. Me pregunto dónde va a parar el santo padre cuando, felizmente muerto, parta al otro mundo, siendo que pobre no era y sufrir no hacía, con sus horrorosas concubinas, sus malhabidos viñedos y aquellos banquetes fastuosos que ofrecía para honrar a los mayores del Imperio. Acaso su sufrimiento radicaba en el hecho de tener que vestir aquellos ridículos ropajes sacramentales que con insistencia hacía coser a sus amantes. A éstas, mientras tanto, se les iban los días en pasearse durante sus visitas a la cuna, en los arrabales más apestosos de la ciudad. De tal manera pasaban las jornadas en aquella época. Tal vez diez años atrás. Recordarlo, no lo recuerdo.

En fin, que una de estas costureras del obispo fue y sigue siendo la causa de mi largo encierro. Fue ella, si mi memoria no es ya la de un demente agobiado por tantas noches solitarias, la que durante la fiesta de San Pablo, mientras en la plaza el escándalo de los vendedores era insoportable, se acercó a mí sin yo notarlo, alertándome con el simple roce de su mano. Sólo eso. Y una mirada. Porque ya con la mano rozada por su rosada mano, yo, ingenuo y tonto como se es cuando se miden nada más cinco pies, viré el rostro para observarla. Me miraba ella entonces, con esa mirada suya que tanto mal me hizo. O tanto bien, no lo sé, porque eso de morir en Spilberk no es un don que se regale a cualquier iletrado como yo. No. Después de todo, un gran favor me ha hecho aquella moza, cuyo nombre he borrado al paso de incontables lágrimas derramadas en aquella esquina de la celda, antes de que trajeran a este anciano estúpido a pudrirse junto conmigo.

Esto que refiero tendrá de ocurrido tal vez mil días, lo de la llegada de mi compañero, quiero decir.

Tendrás que disculpar mis referencias temporales. La costumbre persiste aunque te codees con quien lo hagas y, según recuerdo, durante los años pasados en las calles, los días no importaban más que aquello para lo que las bestias los tienen destinados. La vida está compuesta por tres elementos básicos que no pueden ser soslayados: nacer, vivir, morir. Más allá de éstos, los tres elementos secundarios: comer, beber, desechar. Lo demás es pura soberbia, pecado capital de acuerdo con nuestro queridísimo obispo.

Pero, decía, al tiempo que aquella mujer me tentaba el alma tocándome la piel, me parecía que mi infeliz existencia se alegraba, aunque fuese un poco. Refiero los hechos con presteza para evitar cansar tu paciencia. Esto ocurría cuando era joven, al igual que ella. Pasada esta fiesta quedé en un estado deplorable, ya lo han cantado los trovadores, no sobre mi persona, sino acerca de otros tontos que, como yo lo hice en aquella ocasión, se lo creen todo. Íbamos todos los días a la celebración de maitines. Aunque cada uno iba por su lado. Yo y ella, quiero decir. Al llegar la bendición que daba por terminada la reunión santa, yo corría hacia la puerta de la catedral para mirarla desde una distancia respetable que no pudiera incomodarla. Aprovechaba entonces para robar alguna bolsa con dinero, de esas que los hidalgos usan colgando de cinturones de cuero. Ella, amable, correspondía a mis proezas con una sonrisa o con un guiño del ojo. Pasó el tiempo. Una tarde, caminaba por la plaza buscando algo para hacer, cuando la vi caminar con la cabeza agachada mientras seguía el pausado caminar del obispo. Había entrado a su servicio. En ese momento yo no tenía idea de la relación que tan sagrada figura mantenía con las mujeres que se dedicaban a las labores de su hogar. Escuché algunas cosas a las que no daba más importancia que la dada a los rumores inventados por los envidiosos.

Tuve un instante de alegría. Pensé que si ella se acercaba a servir al Señor, yo también podía hacerlo. Fue uno de esos momentos en que un pensamiento cruza como un relámpago por tu mente y, de repente, una idea se queda clavada en ti. No podía ser de otra manera. Estaba seguro de que ella era una mujer buena, que su bondad no podía sino traer cosas hermosas a lo nuestro.

¿Lo notas? No hubo antes de eso más que un roce. Nada. Y yo me pensaba su dueño. Y al sacerdote lo hice un benefactor; de tal suerte que corrí a su casa para solicitar trabajo, el cual me fue otorgado de inmediato. Entré a servir al demonio el mismo año que nuestro emperador hizo de este castillo una prisión civil de alta categoría.

Una tarde que, no habiendo nada que hacer, perdía mi tiempo paseando por uno de los pasillos de la casa del obispo, aquel en que se encontraba su habitación, escuché algo similar a una larga serie de suspiros, cosa que llamó mi atención. Toqué la puerta y, puesto que no obtuve la respuesta solicitada, abrí. El espectáculo que observé allí dentro fue horrible. Mi desilusión, inmensa, como caer desde la torre de la iglesia de San Pablo. Cuando el anciano iracundo me gritó para que cerrara la puerta y me largara de aquella habitación, ella me miraba como suplicando que lo hiciera, yo corría, bajaba las escaleras, salía a la calle y seguía corriendo. Detuve mi carrera justo en el bosque que circunda Spilberk. Quedé solo, avergonzado, haciendo mil preguntas al aire.

Nunca regresé a la casa del obispo, sin embargo, no dejé de asistir a la ceremonia de maitines. Un día decidió que era una muy buena idea hablar a sus feligreses sobre la fidelidad. Dijo mil tonterías a las que yo ya no prestaba mu-

cha atención, cuando, como una sorpresa que te congela, apeló a la calidad que le otorgaba su mitra para decir, como si nada, algunas palabras referentes al mandamiento octavo. En mi cara la vergüenza se extendió pintándola de rojo. Salí de la catedral para dirigirme a la casa de Grunner, el artesano, aprovechando que lo había visto junto con toda su familia en la iglesia. Entré a la casa para tomar uno de sus rifles con cacha labrada, regresar donde el anciano mantenía en suspenso a su congregación, soltar un disparo. Siguió un gran alboroto. No recuerdo mucho.

Sin embargo, la ventaja de atacar a una figura tan importante en el Imperio me valió ser enviado a Spilberk, donde sólo los prisioneros políticos pueden ingresar. Tan sólo a unos cuantos pasos, si se los pudiera dar, del viejo hogar. Una tarde me enteré que el disparo que di para matar al obispo sólo alcanzó a volarle una mano a la virgen que extendía sus brazos del lado izquierdo del altar. De aquella mujer que una tarde de fiesta me tocó la mano, más no supe.

Anoche vino un celador para burlarse de mí. Me dijo que los otros guardias estaban muy aburridos y habían decidido que, al ser yo el preso de más baja categoría en todo el castillo, me arrojarían en un pozo de agua que se ha secado hace años. No sé si creerle o no. Voy a hacerlo, así al menos mi vida tendrá la emoción que en otro momento no tuvo: la incertidumbre. Así tendré la esperanza de que nada ocurra mañana. Así, en caso de que no ocurra, recuperaré mi fe. Pero sí. ¿Puede desear vivir quien nunca lo ha hecho?

México, DF
noviembre de 2006